

LUCHA DEL ALMA CON DIOS

PRESENTACION

Con este libro inicia Francisco Palau el apostolado de la pluma. Es el primer eslabón de un proyecto desarrollado en los escritos posteriores. Intentaba únicamente servir a la Iglesia y a los hombres. Según él, todos los creyentes están llamados a esa gloriosa tarea. No es cuestión de privilegios o superdotados; menos aún, exclusiva de sacerdotes. Basta amar sinceramente a la Iglesia y sintonizar con ella para sentir la llamada a su «servicio».

Francisco Palau estaba imbuido de esta idea y la proclamaba antes con el ejemplo que con la pluma. El libro Lucha es ante todo testimonio personal; se vuelve luego enseñanza.

Primicia literaria. – *La composición le ocupó pocos meses: los últimos de 1842. A primeros del siguiente entregaba el original a la imprenta en Montauban, donde aparecía en 1843. El remolino de la primera guerra «carlista» le había depositado en Francia a mediados de 1840, después de un intenso ministerio sacerdotal por tierras de Cataluña. Desde su expulsión violenta del convento carmelitano de Barcelona, en 1835, había comprobado personalmente la dramática situación de la Iglesia en España. Estaba comprometido en su recuperación a través de la recristianización de la sociedad, pero la guerra civil le había «vomitado en el extraño puerto del exilio».*

La situación en lugar de mejorar, empeoraba a ojos vista. Poco o nada podía él hacer desde su destierro; por lo menos, así parecía a primera vista. Crecía dentro de su alma la preocupación por la Iglesia y por la patria. Desde Roma el papa Gregorio XVI concitaba al mundo entero para orar por la crítica situación de la Iglesia española. A Francisco Palau, bien templado para cualquier empresa eclesial, le resultaba imposible cruzarse de brazos a la espera de bonanzas inciertas. Podía hacer mucho por la Iglesia; ante todo, animar a otros a trabajar con él por esa causa. Y puso manos a la obra.

Eficacia apostólica de la oración. – Para entonces Francisco Palau tenía ya ideas muy claras sobre el misterio de la Iglesia y sobre «la comunión de los santos». Desde su iniciación en la espiritualidad carmelitano teresiana conocía perfectamente el valor apostólico del sacrificio y de la vida de oración. Su propia vocación religiosa le impulsa en esa dirección. Viéndose impedido de actuar directamente en el servicio apostólico, reanimó en su alma el ímpetu eclesial de Teresa de Ávila. Revivió experiencias similares a las de la Santa y reaccionó «teresianamente». Queda confesión explícita de tal sintonía en este mismo libro (conferencia 3ª, art. 4).

Junto a la idea base de la eficacia apostólica de la vida oración y sacrificio –la que sustenta la armazón de todo el libro– surge otra motivación: la urgencia de compartir idéntica inquietud con otras personas colocadas en situación parecida. Desde este trampolín se lanza a la empresa de escribir, comenzando con la composición de *Lucha del alma*.

Apostolado de la oración. – Francisco Palau no se contenta con aplicar en favor de la Iglesia su oración y la ofrenda sacrificial de la vida. Intenta contagiar a otras almas los mismos deseos y propósitos. La proyección apostólica brota espontáneamente de su raíz carmelitano-teresiano. Por ello, se convierte necesariamente en fuerza de atracción.

Francisco Palau no se siente satisfecho con la simple obra personal. La Iglesia le urge y le incita a más. En sus

*correrías apostólicas, y desde los rincones de la soledad, proclama sin cesar la cruzada de la oración; alista candidatos para «luchar con Dios» en favor de la Iglesia española. De ese ideal nacieron estas páginas. Algunos jesuitas, promotores de la espiritualidad ignaciana renovada, andaban organizando por entonces en Francia el «Apostolado de la oración». Nada sabía de ello el Carmelita exiliado, pero su formación religiosa le impulsaba en idéntica dirección. Se propuso enseñar a orar eficazmente por la Iglesia. Ni más ni menos. Buscó una forma original; no a través de una organización dotada de estatutos y reglamentos, sino por medio de un manual pedagógicamente bien estructurado. Eso quiso ser la *Lucha del alma*.*

Lo declara en la carta de presentación. Su intento es instruir a las almas en «el espíritu de oración que se debe seguir en la horrenda borrasca» abatida sobre la Iglesia española. Hay gentes que no saben responder a esa exigencia cristiana y no pueden, en consecuencia, secundar la invitación del Papa. Necesitan orientación y directrices concretas. Francisco Palau se ofrece como mentor y guía para cuantos aman a la Iglesia y se encuentran en circunstancias similares a las suyas.

El librito quiere ser «una colección metódica de todas las ideas que al presente están a su alcance, relativas a orar debidamente por la Iglesia». La oración se entiende en su sentido más amplio: como estilo de vida y como ejercicio concreto de plegaria. Lo que él llama con frecuencia «oración y sacrificio por la Iglesia». Presenta «todo lo que puede humanamente practicar quien desee sinceramente cooperar con el Espíritu Santo en esta lucha».

Título paradójico. – El autor no bautizó su libro a la ligera. Se lo pensó despacio. No le iba mal a un tratadillo de oración el epígrafe de *Lucha con Dios*, pero necesitaba aclararse. Lo hace cumplidamente en el prólogo al lector. En él se proponen las bases teológicas sobre las que se asienta todo el entramado de la obra. «No podrá menos de haberte cho-

cado, benévolo lector, el título que hemos puesto al libro que te presentamos. ¿Quién será poderoso para luchar con el Omnipotente?, habrás dicho allá en tus adentros, ¿qué significa esto?».

La aparente paradoja del epígrafe se aclara con raciocinio sencillo y a la vez profundo. Se reduce a lo siguiente. Los males y desgracias que afligen a la Iglesia, como a las sociedades son efecto del pecado y de la infidelidad a Dios, por lo tanto, castigo de su justicia. Dios no quiere tales castigos, al contrario, «su voluntad es que ni aun nosotros lo queramos». Si los permite es porque «quiere su triunfo y su corona». Ni la Iglesia ni los individuos deben tampoco quererlos, sino que se debe «luchar con Dios», pidiéndole salve del mal y de las persecuciones. Quien siente en su vida los intereses de la Iglesia, debe aplicar todas sus fuerzas para que el Señor «deje de manifestarse Dios de justicia y se muestre Dios de paz, de bendición, de misericordia y fuente de todo bien». Transformar en «misericordia» las desgracias permitidas por Dios, equivale a luchar con él, en cuanto juez, con las leyes de la justicia. Es cumplir la voluntad del Señor, que quiere que así lo hagamos. Se trata de llevar a sus últimas consecuencias la enseñanza paulina (Ef 6,12) y asumir la elaboración teológica de Santo Tomás respecto a lo que Dios quiere y a lo que permite.

Lo sintetiza así el autor: «Dios con su voluntad permisiva quiere la batalla de la Iglesia contra las potestades infernales. Nosotros no debemos quererla. He aquí el choque de voluntades: la nuestra, chocando con la de Dios, parece que se opone y que no quiere lo que Dios permite, y lucha con la de Dios que para gloria de su Iglesia, con voluntad permisiva, quiere las horribles batallas que al presente sufre la Iglesia. Nosotros, porque esas batallas nos tienen al borde del precipicio no las queremos. Y de aquí nace, y en eso consiste esta terrible lucha del alma con Dios de que vamos a hablar en este libro». Se trata, pues, de desarmar el brazo divino con la oración y el sacrificio de la propia vida.

Manual metódico. – *A lo largo y ancho de las páginas quedan bien fijados los pilares en que se basa la argumentación del autor. Pero no es la teoría lo que le interesa. Busca siempre lo práctico e inmediato: poner al alcance de cualquier persona un método que sea a la vez manual de oración eclesial. Como tal se lo recomendará incluso a personas puestas bajo su dirección espiritual, como a Juana Gratiás.*

Referencia permanente es la situación dolorosa de la Iglesia, en especial en España. La describe con tintas dramáticas –más bien sobrecargadas– para llevar al convencimiento de la urgente necesidad de aplicarse a su remedio; no hay otro que la oración y el sacrificio. Todos están llamados a ponerlo en práctica y todos pueden hacerlo. Una manera concreta y conveniente es la que se ofrece en las páginas del libro. Por eso no se contenta con dar consejos e instrucciones; llega hasta la ejemplificación transcribiendo textos oracionales de la Biblia, de la liturgia y de la tradición espiritual. Se coordinan y distribuyen de tal modo, que el conjunto integra todas las formas y variaciones de la oración cristiana: desde la meditación personal o individual hasta la celebración de la Eucaristía, pasando por muestras acertadas de celebraciones penitenciales y paraliturgias a nivel comunitario o de grupo.

Caídas en desuso muchas de las fórmulas oracionales ofrecidas en el libro, como ciertas letanías, la orientación general del mismo sigue siendo válida, dentro de las inevitables acomodaciones a lugares, tiempos, circunstancias y niveles. En ese sentido la forma dialogada adoptada por el autor tiene hoy menor incidencia y eficacia de la que encontró en su tiempo y ambiente. Fue motivada por varias razones convergentes: la predilección de ese género literario por parte del P. Francisco Palau; la persuasión de responder mejor a la pedagogía oracional que intentaba enseñar; la necesidad de convencer a lectores no suficientemente preparados para captar su mensaje. Superados hoy tales condicionamientos, puede aprovecharse el escrito sin darle especial importancia al método dialogado.

Con esta es la cuarta vez que el libro corre en letras de molde. A la impresión original, realizada en Montauban en 1843, le siguió otra edición aparecida en Barcelona en 1869. En la portada de ambas ediciones se atribuye la paternidad del escrito a Francisco Palau y al Dr. José Caixal. En la introducción a la reimpresión moderna (Roma 1981; «Textos Palautianos», n. 8) se ha tratado de esclarecer lo que corresponde a cada uno de ellos. Sobre el particular véase el estudio ya citado: Los escritos del P. Francisco Palau, p. 37-50. En la presente edición se reproduce sustancialmente el texto de 1981, eliminando muchas de sus notas, en razón del espacio, y añadiendo la numeración marginal de párrafos para facilitar citas y referencias.

* * *

LUCHA DEL ALMA CON DIOS¹

CENSURA DE LA PRIMERA EDICION²

Al M. I. Sr. Guyard, Vicario General del obispado de Montauban.

Muy ilustre señor:

Cumplimentando las órdenes de V. S. he leído un manuscrito español titulado *Lucha del alma con Dios*, y con grande satisfacción declaro que nada he hallado en él que sea contrario a la fe.

1. En las dos eds. originales aparece antes de esta "censura" el texto siguiente:

Et ecce vir luctabatur cum eo.

Y he aquí que un varón luchaba con él.

(Gn 32, 25).

Vos interim pergite, ut certe facitis, venerabiles Fratres, una nobiscum assiduas pro illis orationes et supplicationes Deo per Iesum Christum offerre, atque invocare, etc.

Y entre tanto vosotros, venerables Hermanos continuad, como ya ciertamente lo hacéis, en ofrecer a Dios, juntamente con Nos, continuas oraciones y súplicas por ellos (los españoles) y en invocar, etc. (*Alocución de nuestro santísimo padre el papa Gregorio XVI, en el consistorio secreto de 1º de marzo de 1841*).

2. En la 1ª ed. de 1843 se encabeza así esta versión del texto francés: «Carta del Sor. Montferrand, Presbítero, Profesor del Pequeño Seminario». El resto sigue igual.

Los autores de este libro tratan de la manera con que debe portarse un alma de oración para de algún modo obligar a Dios a que ponga un pronto remedio a los males que sufre la Iglesia y, en particular, para obtener el completo triunfo de la religión católica en España.

Este tratado precioso, a mi ver, particularmente en las actuales circunstancias me parece, tanto por su forma dramática como por el mismo fondo de las cosas, altamente propio para conducir las almas piadosas por un camino agradable y seguro al fin tan importante que nuestros autores les han propuesto.

En casi todo el curso de la obra he admirado una fe maravillosa, un celo ardentísimo, y un vasto conocimiento de la sagrada Escritura y padres de la Iglesia.

Su estilo es comúnmente sencillo; pero de la lectura de ciertos trozos he creído poder inferir que todo sería igualmente magnífico y sublime si la modestia de los autores no hubiese preferido acomodarse a la capacidad del común de los lectores.

Deseo con todas veras que ningún obstáculo imprevisto impida su pronta impresión, porque estoy persuadido que los españoles fieles, generalmente hablando, tienen necesidad de un libro de esta naturaleza. En él hallarán motivos sólidos de consuelo y de esperanza; de él sacarán las fuerzas necesarias para llevar cristianamente el peso de sus males y las luces más vivas para descubrir el único medio de conjurarlos plenamente; y no dudo afirmar, sin temor de equivocarme, que de la lectura de este excelente libro no pararán muchos de ellos hasta obtener de la divina misericordia el feliz cumplimiento de sus ardientes votos, que son los mismos de toda la Iglesia universal.

Siento vivamente que el estado de mi salud no me haya permitido examinarlo más pronto, pues habría recogido y gustado antes las preciosas ventajas que he hallado en su lectura; y sobre todo hubiera tardado menos en ofrecer a

V. S. este débil homenaje de la respetuosa obediencia con la que tengo el honor de ser.

Muy ilustre señor,

de V. S., el más humilde y obediente servidor,

MONTFERRAND, *presbítero profesor*.

Seminario de menores de Montauban, a los 20 de marzo de 1843.

AL LECTOR

1. No podrá menos de haberte chocado, lector benévolo, el título que hemos puesto al libro que te presentamos, ¡LUCHA DEL ALMA CON DIOS...! ¿Quién será poderoso para luchar con el Omnipotente?, habrás dicho allá en tus adentros; ¿qué significa esto? Para entenderlo es menester recordar que la voluntad de Dios puede considerarse bajo dos respectos: el uno, en orden a las cosas que quiere, y el otro, con relación al fin para que las quiere. En Dios el querer es obrar y todo lo que ha hecho y hace lo ordena a la manifestación de su bondad, de su grandeza y demás atributos, de lo que resulta su gloria; y en esta parte estamos obligados a conformarnos con la voluntad de Dios. A la gloria de Dios, o a la manifestación de sus atributos debemos ordenar nuestra voluntad y todas las cosas, y la voluntad que en esto lucha con la divina es voluntad mala. Por esto el apóstol san Pablo decía a sus discípulos: «Ya sea que comáis, o que bebáis, o hagáis cualquiera otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Cor 10,31)¹.

2. Lo mismo respectivamente debe decirse de las cosas que Dios permite. Si permite Dios que un hombre peque y después por la penitencia le perdona, en esto brilla

1. En las dos ediciones originales las referencias bíblicas se señalan con números romanos en los libros y capítulos. Las abreviaturas no son uniformes ni las usadas actualmente. Ambas cosas se modernizan según el uso actual

la misericordia de Dios; y, como Dios quiere manifestar este atributo, por esto permite en nosotros la defectibilidad. Del mismo modo, si permite que un hombre caiga en algún pecado y por ello le castiga, es para manifestar su justicia, y por que quiere este su atributo permitió la defectibilidad. Será, pues, recta la voluntad humana cuando todo lo que quiera lo ordene a la manifestación de los atributos divinos, o a la gloria de Dios.

3. Pero mirada la voluntad de Dios con respecto a las cosas que Dios quiere no siempre estamos obligados a conformarnos con ella, y muchas veces no debemos. Para hacer esto perceptible² me valdré del símil de que usa el sol de la Iglesia santo Tomás para explicar esta misma doctrina. Supongamos que una mujer está casada con un ladrón el cual, preso por la justicia y formado el debido proceso, sale condenado a muerte. Como esta muerte es para el ladrón, para su mujer y familia un mal y la mujer no debe conformarse con él, no debe tampoco ni puede querer que el marido muera, y hará muy bien en trabajar con todas sus fuerzas en buscar medios y alegar motivos para salvarle la vida. El que la mujer, pues, acuda a la clemencia del rey y de los jueces, que busque poderosos empeños, que se procure hábiles abogados que en el tribunal defiendan su causa; en fin, que no deje resorte por mover para que no muera su marido, y que, si esto sucede, que lo sienta vivamente, que llore y se desconsuele ¿Quién lo extrañará? ¿Quién por el contrario no verá en esto y no alabará el amor de esta mujer para con su marido?

4. Ni aun el rey puede querer la muerte del ladrón mirada en orden al desconsuelo y detrimento que causa a su mujer y familia, y como privación de la vida de uno de sus

2. 1ª ed. «hacerlo perceptible». -Efectivamente, la doctrina y el ejemplo toma de S. TOMÁS, *Suma teológica* 1-2, q. 19, a. 10-. Se fundamenta en esa cuestión 19 toda la doctrina de la oración propuesta en este libro; debe completarse con la doctrina tomista sobre la voluntad divina, en la misma *Suma* 1, q. 19 en los diversos artículos.

vasallos. Y si el rey es bueno buscará títulos y motivos con que salvar al reo; y no sólo no llevará a mal las lágrimas, las instancias e importunaciones de la mujer, sino que se alegrará que luche con él y con las leyes de su justicia en favor del reo. El legislador, al ordenar la muerte del ladrón, se propone un bien mucho mayor que no es la vida de éste y el bienestar de su familia; se propone el bien común de la sociedad, que no puede salvarse sin leyes de justicia, así como éstas no pueden subsistir sin que se castigue al que las infrinja. El bienestar, pues, de la sociedad es el que quiso el rey al sancionar las leyes de justicia; y este mismo bienestar es el que quiere el juez recto cuando condena a muerte a un delincuente. Por consiguiente, la mujer –que no pudo querer la muerte de su marido como pena y que debió hacer cuanto pudo por impedirlo– supuesto que ya es imposible salvar la vida de su marido, debe ordenar su muerte a la manifiesta ción de la justicia del rey tan necesaria para contener el atrevimiento de los malvados.

5. Apliquemos esta doctrina. Peca un alma contra la majestad de Dios, y por sus pecados la castiga conforme a las leyes de su justicia. En los castigos que recibe, por una parte, debe alabar a un Dios infinito en su justicia y debe conformarse con las penas en cuanto resplandece en ellas el atributo de la justicia divina. Pero, en cuanto estas penas le son contrarias y la privan de un bien espiritual o temporal, no está obligado a conformarse con ellas; antes debe trabajar con todas sus fuerzas en dar satisfacción al juez, y hacer de manera que resplandezca en ella el atributo de la divina misericordia más bien que el de su justicia.

6. Cuando un alma se ve en grandes tentaciones y peligros de perderse, Dios la expone a tan terribles combates para que, consiguiendo victoria, sea coronada y a fin de que resplandezca en la batalla la bondad de un Dios que da siempre a sus fieles los auxilios oportunos para que no sólo no sucumban, sino que salgan siempre vencedores. Y así está obligada en esto a conformarse con la voluntad de Dios. Mas

en cuanto estos combates y tentaciones le son ocasión de ser vencida y de ofender a Dios, no sólo no debe quererlos sino que debe luchar con Dios pidiéndole que le salve en la tempestad, y debe trabajar con todo empeño en verse libre de ellas. Cuando una nación peca, le acusa Satanás ante el tribunal de la divina justicia y presenta en él sus pecados. Si el Juez supremo le condena conforme a las leyes de su justicia, estampadas en las maldiciones de la ley, y según ellas le envía pestes que la consuman, hambres que la devoren, guerras que la devasten y destruyan, y espantosos terremotos y extraordinarios pedriscos, y si esta nación, lejos de abrir con ello los ojos y convertirse a Dios, se obstina más en sus pecados y conculca con ellos la sangre del Testamento, y en justo castigo es entregada a la disposición de Satanás y de sus sectas de impiedad quienes, como instrumentos de la divina justicia, le asesinan sus sacerdotes, le destruyen sus altares, entregan a las llamas o a la piqueta sus iglesias y sus santuarios, le privan del don de la predicación, le secan las fuentes de las gracias que corren por los sacramentos y por fin le despojan de todos sus bienes espirituales y de la esperanza de los eternos, de modo que la que era antes esposa del Rey de la gloria se ve convertida en una vil esclava de Satanás³, Dios quiere, es verdad, su justicia y a su manifestación ordena dichos castigos; pero, en cuanto por ellos es privada dicha nación de sus bienes espirituales y eternos, no sólo no los quiere sino que su voluntad es que ni aun nosotros los queramos. Toda la nación en masa y cada uno de sus individuos deben amar a un Dios justo, y ordenar estos castigos a la gloria de un Dios amante de su justicia.

7. Mas estos mismos castigos, mirados por la nación y sus individuos como que la privan de sus bienes más apreciables, son males verdaderos y en ellos no debe ni puede

3. Es necesario tener en cuenta estas ideas para la exacta comprensión del libro. Se refieren principalmente a la explicación de las diversas acepciones que tiene la «justicia divina», a su relación con los hombres individual y colectivamente y al papel que juega el demonio por permisión divina. Se le atribuye intervención tanto en el orden moral como en el físico y social.

conformarse con la voluntad de Dios. Ni Dios mismo quiere que se conforme. Todo lo contrario, debe aplicar todas sus fuerzas en que deje el Señor de manifestársele Dios de justicia, de ira y de furor, y se le muestre Dios de paz, de bendición, de misericordia y fuente de todo bien. Para esto ha de presentarse ante su tribunal y –con oraciones y sacrificios, con instancias, importunaciones y lágrimas– defender su causa, alegar títulos y motivos de clemencia, buscar abogados y padrinos, y no dejar ni en la tierra ni en el cielo ni aun en el infierno piedra que mover a fin de convertir los azotes en misericordias. Hacer esto, luchar así con el Juez, con las leyes de su justicia, contra Satanás y los pecados es cumplir la voluntad de Dios, el cual quiere que así lo hagamos.

El alma que en esto se ocupa lucha con Dios en favor de la Iglesia de Jesucristo contra los pecados, contra Satanás y las sectas de impiedad que la combaten.

8. Dios quiere manifestar su gloria y hacer ostentación en su Iglesia de las inestimables riquezas de su gracia, quiere en el día de su triunfo ceñirle sus sienes con una corona de infinito precio y hermosura, y por esto quiere también que pelee legítima y fielmente. «No es coronado, dice el Apóstol, sino el que pelear legítimamente» (2 Tm 2,5). A este fin, la expone a terribles combates y desata de vez en cuando las potestades del abismo; y éstas, formando sectas de impiedad, la obligan a avivar su fe, prueban su constancia, su confianza, su caridad y demás virtudes.

9. Pero ¡ay de la nación en que, por haberse resfriado mucho la verdadera piedad, la Iglesia no batalla con fervor y debidamente estas batallas del Dios vivo! Está en grave riesgo de sucumbir y de quedar esclava de Satanás. Dios permite a la Iglesia tan crueles batallas porque quiere su triunfo y su corona; y, por la misma razón, le permite los desastres de una guerra espiritual, como son el asesinato de sus sacerdotes, el incendio de los templos, el que muchos pierdan la fe, y demás males que vemos y lloramos actualmente en

nuestra España y afligen a las Iglesias del Tong-King⁴, de Polonia y otras naciones. Estos designios de la divina Providencia en la permisión de tamaños males debemos acatar –los rendidamente y en esto debemos conformarnos con la voluntad de Dios.

10. Mas como estos embates que a veces sufre la barquilla de Pedro ponen a las naciones en peligro de sucumbir y, perdiendo su fe y religión, quedar convertidas en monstruos de impiedad, como a otras muchas ha sucedido, en esto no solo no deben sus individuos conformarse con la voluntad de Dios sino que –cubriendo su cabeza con el morrión de la esperanza, empuñando con una mano la espada de la oración y con la otra tomando el escudo de la fe– [Ef 6,13-16] deben con tesón y constancia batallar contra las potestades del infierno y de la tierra, postrándose de continuo delante de Dios y conjurando a sus ángeles y santos que les ayuden para obtener victoria, especialmente a la soberana Reina del cielo María, a la que es dado aplastar la cabeza en todo el mundo a todos los errores y herejías, y a san José, a quien parece ha dado el Señor el encargo especial de defender la religión en España en este quinto empuje de la revolución, o sea, el poder de las tinieblas.

11. En estas batallas solo Dios nos ha de dar la victoria, de solo Dios la hemos de esperar, y a solo Dios la hemos de pedir. El que, luchando así con Dios en la oración, alcanza victoria ha obtenido ya el triunfo. Dios con voluntad permisiva quiere la batalla de la Iglesia con las potestades infernales. Nosotros no debemos quererla. He aquí un choque de voluntades. La nuestra, chocando con la de Dios, parece que se le opone y que no quiere lo que Dios permite, y lucha con la de Dios, que para gloria de su Iglesia con voluntad permisiva quiere las horribles batallas que al presente sufre la

4. Tong-King. Escrito así, según el uso de la época, el equivalente al actual «Tonkín» o «Tonquín», la región de Indochina confinante con el Golfo de China y correspondiente hoy en buena parte al Vietnam.

Iglesia. Nosotros, porque estas batallas nos tienen en el borde del precipicio, no las queremos. Y de aquí nace y en esto consiste esta terrible lucha del alma con Dios, de que vamos a hablar en este libro. La victoria consiste en que Dios se deje vencer por las importunaciones del alma y en que el Omnipotente haga la voluntad de su criatura, porque escrito está: Voluntatem timentium se faciet. «Cumplirá Dios la voluntad de los que le temen» (Sal 144,19).

12. En las profundas llagas que tan amargamente llora la Iglesia sería falsa resignación el conformarnos con la voluntad permisiva de Dios. El mismo quiere que nos le opongamos con valor y decisión, quiere esta lucha. ¡Feliz, mil veces feliz el alma que lucha debidamente en esta batalla! ¡Afortunadísima la que estuviere tan diestra y peleara con tal fortaleza que obtenga la victoria!

13. En esta obrita te presentaremos al pueblo español como una nación justamente y de muchas maneras azotada por la mano del Señor a causa de sus gravísimos pecados, y reconciliada con Dios por la oración y el sacrificio.

¡Ojalá que logremos con nuestros desvelos adiestrar muchas almas de oración en esta no menos tremenda que interesante y gloriosa lucha! Aunque no fuera más que una la que lo logre, daremos por muy pagados nuestros trabajos. La gracia de Dios esté contigo. Así sea.

CARTA DE UN DIRECTOR

A una hija suya espiritual, en la que le instruye sobre el espíritu de oración que debe seguir en la horrenda borrasca de que actualmente se ve agitada en España la navecilla de la Iglesia, y que sirve de

Introducción a la obra

¡Viva nuestro Rey y Señor Jesús sacramentado y su santísima Madre la Virgen María, quienes sean nuestra salud y guía! Amén.

Carísima Teófila:

1. Muy señora y hermana mía en Jesucristo: la gracia del Espíritu Santo ilumine nuestros corazones y dirija mi mal cortada pluma para escribir a V. sobre materias que superan de mucho mi corta capacidad. Así sea.

2. He visto por su favorecida última que su espíritu de V. está ocupado también de continuo por los pensamientos que al pobre mío no le dejan un momento de reposo. También llegan al fondo de su alma los acentos de una voz que sin parar le está diciendo: «¡Conque la católica España ha de quedar abandonada a la disposición de Satanás y al dominio de las sectas de impiedad...!». Veo que este terrible azote que está sufriendo nuestra desventurada patria despe-

daza el corazón de V. Y con mucha razón por cierto, pues la mano justiciera del Omnipotente ya no puede castigarla con otro más cruel. Veo que su corazón sólidamente católico no puede sufrir el ver la ruina y destrucción total a que en España conducen a la Iglesia católica –a esta buena y tierna madre de los españoles– una porción de hijos espurios que un tiempo estrechó entre sus brazos. Veo esto y demás que V. se sirve decirme con harta satisfacción mía, pues no es poca entre tantas desgracias hallar quien experimente las mismas amarguras que tienen consumido mi corazón, y un pecho con quien pueda comunicar las penas que oprimen el mío.

3. V. desea, hermana mía, que yo la instruya sobre el espíritu de oración que debe seguir, atendidas las disposiciones de su alma, en la deshecha borrasca de que actualmente se ve agitada en España la navecilla de la Iglesia. Mas, antes que satisfaga al deseo de V., es preciso que le haga algunas observaciones. Y primeramente, hermana mía, ¿no la tiene a V. meditabunda y llena de admiración el que siendo Jesús el buen Pastor – aquel Pastor que dio su propio cuerpo en alimento de sus ovejas [Jn 10,11] y que para calmar su sed les dio a beber la sangre de sus propias venas; aquel Pastor que, habiendo perdido una de las ciento que guardaba, deja las noventa y nueve en el desierto, anda solícito y ansioso atravesando valles y trepando montes, silbando unas veces cantando otras, escuchando de cuando en cuando por ver si tal vez responde a su voz, sin reposar hasta que hallándola, por fin, la carga sobre sus hombros, la conduce al aprisco y hace por tan feliz hallazgo una solemne fiesta [Lc 15,4-7]; – aquel Pastor tan bueno que sólo por salvar un alma bajara, si fuese necesario, segunda vez del cielo y padeciera muerte tan cruel como la primera para sacarla de las uñas del lobo infernal– y siendo el pueblo español su grey escogida, mira sin embargo sin abrir la boca y con indiferencia, según parece, cómo una horda de lobos furiosos se han echado sobre ella, la despedazan a su sabor y le chupan su sangre? ¿Por qué nada hace en defensa de sus ovejas?

¿Por qué más bien parece que ha secundado los proyectos de los impíos?

4. A más de esto, hermana mía, los enemigos quitan en España a la esposa de Jesucristo hasta los últimos recursos, la obstruyen todos los medios de salvación, cercándola –en expresión del Profeta– con piedras cuadradas [Lm 3,9]. ¿Cómo, pues, puede concebirse que así lo permita, que así lo sufra, que no salga en su defensa? ¡Oh secreto impene-trable! ¡Oh profundo misterio! La fe nos enseña que no falta a Jesucristo ni el poder ni el querer. Las llagas de su cuerpo, especialmente la del costado, por las que derramó por la Iglesia toda su sangre, son otras tantas lenguas que publican en altas voces el inmenso amor en que está abrasado su corazón; y tantos pasos como dio por la salvación de los hombres nos aseguran de la vehemencia del deseo que le anima por la salud de sus ovejas. Y, sin embargo de la eficacia de su poder y querer salvarnos, ¿cómo es que permite que seamos víctimas del monstruo de la impiedad? ¿Cómo nos entrega al capricho de las sectas impías? ¿Cómo no calma la tempestad, cuando sólo le cuesta el mandarlo? [Mc 4,39]. ¿Por qué permite que triunfe la bestia feroz de la impiedad y abandona a su voracidad unas almas que tanto ama?

5. He aquí un misterio, hermana mía, que me tiene ocupado en profundas meditaciones, y que, si no me engaño, nos es lícito escudriñar sin temor de quedar oprimidos por la gloria del Dios de la majestad. A lo menos yo me esforzaré en hacerlo en esta carta, procurando explicárselo a V. con la mayor claridad y brevedad posibles, pues de ello ha de resultar el rumbo que ha de tomar la oración de V.

6. Jesús puede salvar a nuestra patria del monstruo de la impiedad que pretende arrebatarse el tesoro inestimable de la fe. Lo quiere y no lo hace, porque no hay quien se lo pida debidamente, esto es, con las condiciones que exige la verdadera oración. No se alarme V. ni precipite su juicio antes de oír las razones en que fundo mi respuesta. Ya se acordará V.

que, navegando una vez Jesucristo con sus discípulos por el lago de Genesaret y durmiendo el Señor sobre la popa de la nave, se levantó una espantosa tormenta, en que la poca fe de los Apóstoles creyó que iban a naufragar. Duró la tempestad y el peligro mientras no acudieron a Jesús. Pero luego que, llenos de confianza, le dijeron: *Domine, salva nos, perimus*. «Señor, salvadnos, que perecemos» (Mt 8,25), se levantó el Señor, mandó a los vientos y al mar, y en ese mismo momento reinó la más completa calma y tranquilidad.

7. Así en España se halla la navicilla de Pedro tan agitada por la furia de los vientos de falsas doctrinas, y por las olas de todas las pasiones humanas, que las aguas han entrado ya en ella y ponen a todos los fieles en inminente peligro de hundirse en el cisma. Jesús está como entonces dormido o se porta a lo menos con su Iglesia como si efectivamente durmiese. Puede mandar a los huracanes del error y a las olas de las pasiones que se calmen. Quiere hacerlo... ¿A qué espera, pues? ¿Aguarda acaso que choque contra algún escollo, que se estrelle y se hunda? ¿Por qué, pues no lo hace? ¿Qué falta? Lo que falta es que los discípulos vayan a despertarle, y que le digan: «Maestro, ¿no se os da nada acaso que perezcamos?» (Mc 4,38). Espera a que los sacerdotes, animados de la fe de los discípulos, suban las gradas del santuario, y sin parar hasta que hayan logrado despertarle, den gritos a sus oídos, diciéndole con el profeta Joel (cap. 2,17): «Perdonad, Señor, perdonad a vuestro pueblo». Y con los Apóstoles: «Señor, salvadnos, que perecemos» [Mt 8,25]. Espera a que la Iglesia le dé gritos, diciendo: «Levantaos ¿Por qué os dormís, Señor? Libradnos por la gloria de vuestro santo nombre». Espera a que le pidamos esta gracia debidamente. ¡Quién me diera el poder escribir esta gran verdad con caracteres tan abultados que los pudieran leer y entender tantas almas como en España creen poseer el espíritu de oración: La Iglesia en España camina precipitadamente a su exterminio y sólo la oración puede salvarla. Sí, sólo la oración puede salvar del naufragio la Iglesia española.

8. Dios en su providencia tiene dispuesto no remediar nuestros males ni otorgarnos sus gracias sino mediante la oración, y que por la oración de unos sean salvos otros. Si los cielos enviaron de arriba su rocío y las nubes llovieron al Justo, si se abrió la tierra y brotó al Salvador [Is 45,8], quiso Dios que a su venida precedieran los clamores y súplicas de los santos Padres, especialmente las de aquella Virgen singular que inclinó los cielos con la fragancia de sus virtudes y atrajo a su seno el Verbo increado. Vino el Redentor y por medio de una oración continua reconcilió el mundo con su Padre. Es verdad que, para que los pecados de los hombres no impidieran el efecto de su oración, con su vida, pasión y muerte satisfizo plenamente a la Justicia divina, nos redimió con el precio de su sangre de la esclavitud en que nos tenía Satanás, y nos mereció la gloria con todas las gracias y auxilios que son necesarios para obtenerla. Pero también lo es, y lo suponen con bastante claridad los libros santos, que para que la oración de Jesucristo y los frutos de su redención se apliquen a alguna nación o pueblo, para que haya quien le ilumine con la predicación del Evangelio y le administre los sacramentos, es indispensable haya alguno o muchos que con gemidos y súplicas, con oraciones y sacrificios hayan conquistado antes aquel pueblo y lo hayan reconciliado con Dios.

9. A esto, entre otros fines, miran los sacrificios que ofrecemos en nuestros altares. La hostia santa que en ellos presentamos todos los días al Padre, acompañada de nuestras súplicas, no es solo para renovar la memoria de la vida, pasión y muerte de Jesucristo, sino también para obligar con ella al Dios de las bondades a que se digne aplicar la redención de su Hijo a la nación, provincia, ciudad, aldea, o a aquella o aquellas personas por quienes se celebra o se oye la santa misa. En ella es propiamente donde se negocia con el Padre la redención, o sea, conversión de las naciones. Antes que la redención se aplicara al mundo o, lo que es lo mismo, antes que el estandarte de la cruz fuera enarbolado en las naciones, dispuso el Padre que su Unigénito, hecho

carne, negociara esto con él con «súplicas continuas, con fuertes clamores y con lágrimas» (Hb 5,7), con angustias de muerte y con el derramamiento de toda su sangre, especialmente en el altar de la cruz, que levantó en la cima del Calvario. Y el Hijo de Dios ha dispuesto que, antes de plantar el árbol de la Religión en algún pueblo, sus sacerdotes en particular y en general todos los fieles, negociemos esto con él y con su Padre con súplicas, con clamores, con lágrimas y en espíritu verdadero de oración en los sacrificios que le ofrecemos, que, como digo arriba, fueron instituidos a este fin. Así como, pues, para plantar de nuevo el árbol de la cruz en algún reino se requiere espíritu de verdadera oración en los sacrificios, así para que se conserve en toda su frescura y vigor –mediante las aguas salutíferas de los sacramentos y la predicación del Evangelio– es también necesario el mismo espíritu en los sacrificios, según lo tiene dispuesto la divina Providencia.

10. ¿A qué podremos atribuir, pues, la fuerza extraordinaria que el infierno ha adquirido en España por medio de tantas sectas de impiedad como ha formado? ¿Cómo con ellas ha podido casi obstruir del todo las fuentes de agua viva en los sacramentos; ha tapado la boca a los predicadores para que no anuncien con libertad evangélica la divina palabra, sino es con riesgo de su libertad o vida; y pisotea, desmenuza y echa al fuego el estandarte mismo de la cruz, que como señal de todos nuestros trofeos hemos de adorar eternamente en el cielo? ¿Cómo permite Jesús que seamos expuestos a tan espantosos males? El puede y quiere remediarlos. ¿Por qué, pues, no lo hace?

11. ¿Comprende V. ahora, hermana mía, este misterio? Falta, no lo dude V., falta en los sacrificios que oímos y celebramos el verdadero espíritu de oración dirigida a Dios con el fin de obligarle a que se digne conservarnos la Religión que hasta aquí hemos profesado. Nadie, o a lo menos muy pocos, recapacitan esto en sus corazones con el interés que

la gravedad del asunto merece, y he aquí la causa de nuestra desolación y que ésta se prolongue sin fin⁵.

12. Según estas máximas, no es difícil señalar a V. el espíritu de oración que indefectiblemente debe seguir V. si no quiere perecer sumergida por la tormenta que al presente agita a la pobre Iglesia de España. Y así voy a trazarle a V. el rumbo que, seguido con constancia, le conducirá a V. con seguridad al puerto de salvación. Primeramente, como esposa de Jesús que es V. desde el bautismo y especialmente desde que se ha consagrado V. totalmente a Dios, debe revestirse de celo por el honor de su Esposo. Constitúyase V. como una verdadera madre de sus prójimos los españoles todos, ya sean buenos o malos. Métalesos V. dentro de su corazón y, como la gallina abriga con sus alas a los polluelos [Mt 23,37] y expone su vida para defenderlos de las uñas del gavilán, así V. mírelos como a verdaderos hijos suyos, cúbralos con las alas de su corazón. Ofrézcase por ellos a Dios una y mil veces por víctima de propiciación, y conjure al Señor que, si quiere castigarlos con los castigos que merecen por sus pecados, los descargue todos sobre la cabeza de V. pues que también es V. pecadora y española.

En seguida, como en España los enemigos van destruyendo las murallas y torreones de la santa ciudad de Dios [Jos 6,20; Hb 11,30] la Iglesia católica, V., no ya como mujer flaca y cobarde sino como esforzado varón, vístase el uniforme de Jesucristo (Ef 6). Póngase la coraza de la justicia, detestando de corazón todo lo que en V. se oponga a la voluntad de Dios. Cíñase el cinturón de la verdad, que hallará V. en la doctrina de la Iglesia. Cubra su cabeza con el morrión de una plena confianza en el auxilio del Altísimo. Sus pies de V. vayan calzados con una determinación resuelta de confesar a Jesucristo, aunque sea a costa del mayor sacrifi-

5. Sin embargo, desde que esto se escribió, en 1842, parece se observa un movimiento marcado de las almas buenas a ocuparse de este importantísimo negocio. — Esta nota se añadió en la 2ª ed. Lleva el n. 1, pag. 31. Referencia implícita a Jr 12, 11.

cio. Tome el escudo de la fe para rechazar los dardos inflamados del espíritu maligno. Y luego empuñe la espada del espíritu, que es la palabra de Dios [Ef 6,11ss], de quien solo puede V. recibir la fuerza y el valor invocándole en espíritu y en todo tiempo por medio de toda especie de súplicas e instancias, y pidiéndole con una vigilancia y perseverancia continuas que defienda y salve la Iglesia.

Vestida con este uniforme que el Rey de los Reyes y el Señor Dios de los ejércitos le manda a V. ponerse para salir al campo de batalla contra las potestades de la tierra y del infierno, preséntese V. al enemigo y póngase *pro domo Israel* por la casa de Israel, como muralla inexpugnable [Ez 13,5], para que no pueda penetrar aquél en la ciudad santa, y luche con tesón y constancia contra Satanás y sus sectas de impiedad en defensa de sus moradores, sus prójimos de V. los españoles.

13. Pero debo advertirle a V., que para derrotar a los ejércitos enemigos ha de luchar primero con los santos ángeles, y en particular con los custodios del reino, pidiéndoles su auxilio y protección, que en la batalla se pongan al rededor de V. y que juntamente con V. se opongan al enemigo como muralla de bronce por la casa de Israel. Ha de luchar también con todos los santos y santas del cielo, singularmente con Santiago y los santos que ha dado al cielo la Iglesia de España, para que con sus méritos y oraciones nos alcancen el triunfo de la Religión. Ha de luchar con la reina del mundo la Virgen María, pidiéndole que aplaste en España la cabeza a la infernal serpiente de la impiedad. Ha de luchar, como esforzado Jacob [Gn 49,24], con el omnipotente Dios Hijo suplicándole continuamente con lágrimas que se aplaque; que despierte y salve su Iglesia; que en nuestros sacrificios se ofrezca al eterno Padre en víctima de propiciación por los pecados de los españoles, y que dé una plena satisfacción a su divina justicia ofreciéndole los méritos de su sangre. Ha de luchar con el omnipotente Dios Padre para que, en desagravio de las ofensas de la nación, se digne aceptar por paga

y en precio de redención a su Hijo Jesús, y aplicar a nuestra patria los méritos de su pasión; y que, convirtiendo su ira sobre la cabeza de nuestros enemigos, pronto le veamos hecho un Dios de paz, de bendición y de salud. Por fin, ha de luchar con el omnipotente Dios Espíritu Santo para que se derrame sobre los corazones de todos los fieles españoles, les dé fuerza para resistir a los terribles combates a que los ha expuesto la Providencia y con su venida queden plenamente disipadas las espesísimas tinieblas de impiedad que oscurecen el horizonte español, y para que le comunique a V. en esta lucha tal espíritu de oración que con seguridad pueda conseguir la victoria.

Si con la fuerza de la oración sabe V. mover al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo y a toda la corte celestial a que con su protección sean junto con V. una muralla *pro domo Israel* [Ez 13,5] impenetrable al enemigo, sin duda cantará V. victoria y será salva la Iglesia. Porque, si es V. tan fuerte en la lucha que sabe prevalecer contra el Omnipotente, ¿con cuánta facilidad vencerá V. a los demonios y a los hombres? Si tuviere V. fuerzas para vencer al Invencible, ¿cuánto más las tendrá para destruir a ese monstruo de la impiedad que conturba la Iglesia en España?

14. Esta lucha es la que da a la Iglesia de Jesucristo en la tierra el sobrenombre de militante. De ella nos dice Dios por el profeta Ezequiel (cap.22,30.31): «Busqué entre ellos un varón que se opusiera a mis enemigos como muralla y luchara contra mí en favor de la tierra, para no destruirla según las leyes de mi justicia, y no lo hallé. Por esto he derramado sobre ellos mi indignación, les he consumido en el fuego de mi cólera y he hecho caer sus crímenes sobre su cabeza, dice el Señor nuestro Dios». Sobre esta misma lucha se nos dice en el libro del Génesis (cap. 32,23 ss): «Que, habiendo hecho pasar Jacob por el vado de Jaboc todo lo que llevaba consigo, se quedó solo. Y al mismo tiempo se le apareció un varón que luchó con él hasta el amanecer: *Et ecce vir luctabatur cum eo usque mane*. Este hombre, vien-

do que no podía vencerle, le tocó en el nervio del muslo, el que se secó al momento. Y le dijo el varón: Déjame ir porque ya amanece la aurora. Respondió Jacob: No te dejaré hasta que me hayas bendecido. Este varón le preguntó a Jacob: ¿Cómo te llamas? El le respondió: Me llamo Jacob. No te llamarás en adelante Jacob, replicó, sino Israel; porque, si has sido valiente contra Dios, ¿cuánto más lo serás contra los hombres...? Y le dio su bendición en aquel mismo lugar».

15. Medite bien V., hermana mía, sobre la conducta que observó Jacob en el paso de su vida a que se refiere el texto último porque hay mucha doctrina y muy profunda. Este Patriarca se hallaba en inminente peligro de caer con toda su familia en las manos de Esaú, su hermano, que tenía jurado perderle y que venía contra él con fuerzas a que no podía resistir ni escapar. Viéndose en este apuro, ¿qué hizo Jacob? Creyó que para vencer a su hermano debía vencer primero a Dios. Empezó la lucha, venció a Dios en la oración y así le fue fácil ablandar el corazón de Esaú cambiándolo de enemigo en hermano. Por esto el Angel le llamó Israel, que, según explica san Jerónimo significa príncipe con Dios. Como si Dios hubiera querido decirle: Ya que has podido luchar conmigo que soy príncipe, también tú te llamarás príncipe para que aun en tu nombre se vea que, si has tenido fuerzas para batallar con Dios, ¿con cuánta facilidad vencerás a los hombres? Esta lucha, dice un sabio expositor (*Cursus completus scripturisticius*), es la oración por la que, como otros Jacob, dominamos a Dios y por consiguiente a todos nuestros temores, afectos, perturbaciones y enemigos⁶.

16. Carísima Teófila, con lo dicho tiene ya V. marcado el rumbo que ha de seguir en su oración. Sea, pues, su ocupación continua el dar gritos día y noche a los oídos de Jesús,

6. Como dice explícitamente toma este pensamiento de la colección bíblica reunida y editada por J.-M. Migne con el título, *Scripturae Sacrae cursus completus* tom. V (novissima editio París 1840) col. 605-612.

diciéndole con los Apóstoles: «Salvadnos, Señor, que perecemos» [Mt 8,25]. Esta es la lucha que ha de emprender V., y no debe abandonarla hasta que haya cantado victoria. En ella ha de perseverar, si menester fuere, hasta la muerte. Y si el Angel, o el Dios omnipotente con quien lucha, para probar su constancia, le dice: *Dimette me* [Gen 32,26], «déjame,» deja de importunarme, deja de orar por esa nación; sus pecados son infinitos, enormes y horribles, no te oiré; la quiero abandonar a la voluntad del demonio y del impío; la quiero castigar; te has descuidado demasiado; ya amanece la aurora... ¡Oh! dígame V. con Jacob: No, no te he de dejar si no me das antes tu bendición; no abandonaré, Señor, el campo hasta que me hayáis concedido lo que os pido. O bien, como otro Moisés (Ex 32,31-32), dígame con un santo atrevimiento: «Perdonad, Señor, a vuestro pueblo esta culpa o borradme de vuestro libro». Si el Señor ve el valor y la constancia de V. y que persevera sin rendirse, se dejará vencer por fin como se dejó vencer de Jacob. Y, habiendo vencido al Omnipotente, ¿quién podrá resistir a V.? ¡Ah! ¡Con cuánta seguridad podrá entonces emprender V. la lucha contra la bestia de la impiedad que asola la viña del Señor Dios de Sabaot!

17. El emprender esta lucha es tan del gusto del Padre y del Hijo que no podrán menos de enviar a V. el Espíritu Santo para que con su auxilio omnipotente cante V. victoria. El Espíritu Santo es el principal director en esta lucha. El es quien envía las almas al Padre y al Hijo, y en ellas negocia con los dos la salvación del cuerpo que anima, que es la Iglesia. Sólo él es el que pide bien en nosotros, y sólo por su virtud y moción es como pedimos [Rom 8,26] debidamente y alcanzamos cuanto pedimos. Si el Espíritu Santo posee el corazón de V., no podrá menos de emplearle en negociar con el Padre y el Hijo la salvación de la Iglesia de España.

Porque si V. tuviera en su cuerpo alguna llaga muy peligrosa, ¿qué le parece a V. que haría su alma? Me figuro que con todas sus potencias, sentidos y miembros sanos se apli-

caría en aliviar y curar las partes llagadas. El Espíritu Santo, pues, que es como el alma y el vivificador del cuerpo místico de la Iglesia, ¿qué quiere V. que haga al ver uno de sus miembros, la Iglesia de España, que va consumiéndose por el cáncer de la impiedad sino lo que hace su alma de V. en favor de su cuerpo herido? Aplica todos los miembros sanos de la Iglesia en alivio y remedio de los enfermos y heridos. Aplica, todas aquellas almas que están poseídas de él y se rigen por sus mociones en salvar a todo el cuerpo y a cada uno de sus miembros. A unos los mueve a escribir; otros a predicar; otros a administrar sacramentos; otros a buscar medicinas y aprender el modo de aplicarlas, o en preparar a otros; a todos, en fin, los aplica según es su disposición. El cuerpo de la Iglesia en España está devorado por un cáncer tan espantoso, que sólo un milagro de la Omnipotencia lo puede curar. Toda medicina humana se ha hecho inútil; sólo la mano de Dios puede curar sus llagas, y para que las cure es necesario que se lo pidamos.

18. La oración, pues, es la única medicina que queda a la Iglesia de España para que sea salva; y para que esta oración se haga debidamente es necesaria la virtud del Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo ¿podrá menos de aplicar esta medicina a las llagas del cuerpo que en España anima y vivifica? ¿Dejará de aplicarla continuamente por la salvación de toda la Iglesia a todas aquellas almas que son plenamente suyas y una misma cosa con él? ¿Dejará de enviarles a Jesús, para que den fuertes gritos a sus oídos, diciendo: «Salvadnos, Señor, que perecemos?» [Mt 8,25]. Y, clamando en sus corazones con gemidos inenarrables, ¿no las enviará al Padre para que le digan aquello del profeta Joel: «Perdonad, Señor, perdonad a vuestro pueblo?» [Jl 2,17].

19. Por otra parte, estas almas poseídas del Espíritu Santo, viendo el miembro de la Iglesia, a que ellas pertenecen, en peligro gravísimo de muerte por más que ellas sean miembros sanos, ¿podrán tener reposo ni descanso?, ¿podrán día y noche ocuparse en otra cosa que en gritar y

clamar a Dios por la salvación de la Iglesia? No por cierto; no podrán hacer otra cosa ni les sería posible, aunque quisieran, olvidar el mal que consume a la Iglesia, porque lo miran como propio. ¡Pobres almas las que en este estado se hallan! ¡Pobres! Indefectiblemente van a parar a vuestros corazones todos los tiros que el impío dirige a la Iglesia. ¡Pobres y afligidas almas!... Pero digo mal; tales penas no merecen otro nombre que el de dichas. ¡Felices, pues! ¡Una y mil veces felices!

20. A esta lucha, pues, convida a V. el Espíritu Santo. Y mire V. que es tan necesaria que, si no hay quien debidamente se emplee en ella, la Iglesia de España, lejos de cantar victoria de sus enemigos, seguirá cada vez peor hasta llegar a su total ruina. Todos los españoles sin excepción tenemos obligación estrechísima de ocuparnos en ella. Esta obligación entre otros motivos se funda en el amor filial que debemos tener a la que es nuestra espiritual madre. Esta madre tiernísima está en peligros y angustias de muerte y, siendo la oración debidamente dirigida a Dios por su salud una medicina eficaz, la única que puede restablecerla, es un riguroso deber nuestro el ofrecérsela y tanto más cuanto la tenemos en nuestras manos.

Si V. viera a su madre natural postrada en una cama y entre angustias de muerte, ¿no la obligarían la caridad y el amor filial a proporcionarle todos los alivios que le fueran a V. posibles, mayormente si los tuviera V. a mano y supiera que dependía de ellos su curación? ¡Ah!, cuando el amor es verdadero, no queda paso por dar ni medicina que probar; se emplean todos los recursos y se expone hasta la misma vida.

¡Ay, carísima mía! Dé V. una mirada sobre la madre que la engendró en el bautismo y la parió a Jesucristo por el sacramento de la fe. Mire la triste situación en que se halla la Iglesia en España y, al verla cubierta de llagas, cargada de horrosas cadenas, puesta en las angustias de la muerte y que si no la viene pronto el auxilio de lo alto va a exhalar su último aliento, ¿no se sentirán conmovidas las entrañas de V.

y empeñado el amor filial que le debe a no perdonar medio ni fatigas para procurarle cuantos auxilios V. pueda? Sus lágrimas, sus suspiros, sus desfallecidos ayes ¿no enternecerán el corazón de V., y no le obligarán a buscar los médicos y medicinas? Los médicos de la madre espiritual de V. no son otros que el Padre eterno y su unigénito Hijo, y su medicina la oración en virtud del Espíritu Santo. Y esta oración dirigida debidamente al Padre y al Hijo para su remedio es medicina tan eficaz que ella sola basta para curarla enteramente de todas sus llagas. Esta medicina está en la mano de V., y tal podría ser su fe de V. que bastara V. sola para retornarle su perfecta salud. ¿Reparará V., pues, en dificultades, en penas y trabajos? ¡Ah! no por cierto. ¿Qué hacemos, pues? Manos a la obra; pronto, sin detenerse.

21. Aunque no dudo que por lo dicho emprendería ya V. con todo fervor esta carrera, sin embargo aun quiero presentar a V. motivos en cierto modo superiores a todo lo que va dicho. Supóngase V. que de la vida de su madre moribunda dependen el bienestar y aun la vida de V. misma y de toda la familia. ¿Hasta qué punto no crecerían los deberes de V. para con ella? En este caso ya no estaría obligada a socorrerla sólo por amor y reconocimiento, sino aun por necesidad y por el peligro de perderse V.; todos los deberes parece se hallarían juntos para impulsarla a V. Y precisamente en este caso nos hallamos, mi Teófila. La España se halla amenazada de un cisma igual al de Inglaterra, y no pocas diócesis son ya cismáticas. Si el cisma se consuma, ¿a dónde vamos a parar? Salidos del arca de Noé, la Iglesia católica romana en la cual sola se halla la salvación, seremos por necesidad engullidos por los abismos que cubren la tierra.

Aun en el estado fatal en que ahora se halla la España, reflexione V. cuántas almas serán seguramente precipitadas en el infierno que, si hubiesen tenido la dicha de morir en los tiempos de gloria y esplendor para la santa Iglesia, se hubieran tal vez salvado por los cuidados y solicitud de esta buena madre. La nación va quedándose de día en día sin sacer-

dotes católicos y, por consiguiente, sin doctrina sana, sin sacramentos y sin Religión.

22. De lo dicho se infiere que, siendo la oración el único remedio que nos resta para salvar la Iglesia, nos obliga a todos estrechísimamente el precepto de Santiago, que nos dice: *Orate pro invicem ut salvemini*, «rogad los unos por los otros para que seáis salvos, porque la súplica continua y fervorosa del justo puede mucho. Elías era un hombre sujeto, como nosotros, a todas las miserias de la vida y, sin embargo, habiendo rogado a Dios con gran fervor que no lloviese, dejó de llover sobre la tierra por el espacio de tres años y medio. Y, habiendo rogado de nuevo, el cielo dio lluvias y la tierra produjo su fruto» (St 5,16-18).

23. Nuestro Señor Jesucristo, por la boca de Santiago, está mandando a todos los hijos de la Iglesia que los unos hagamos oración por los otros, a fin de que todos seamos salvos. Y, bajando más en particular, el mismo Señor, por la boca de su actual vicario el romano pontífice Gregorio XVI, nos está mandando que hagamos oración por la fe y religión del reino, para que seamos salvos nosotros y sea salva la Iglesia.

Ya en el consistorio secreto de eminentísimos cardenales de 2 de febrero de 1836, después de haberse lamentado de los males que hasta entonces había sufrido la Iglesia española y de los peligros mayores que la amenazaban, concluyó diciendo: «Entre tanto, con motivo de la solemne conmemoración de aquel día sagrado en que la Virgen Madre de Dios entró en el templo para presentar al Padre celestial su unigénito Hijo, al Ángel del Testamento, al Rey pacífico por tanto tiempo esperado en la tierra, os exhortamos encarecidamente a todos vosotros, los que estáis aquí congregados y participáis de nuestro dolor, a que acudiendo humildemente a ella imploréis juntamente con Nos su auxilio en favor de los negocios de la Iglesia que están en tan mal estado, a fin de que ella, que tiene el poder de acabar con todas las herejías, apacigüe las discordias, haga cesar los desórdenes y, restituida

la tranquilidad y calma, logre que la hija de Sión, enjugado su llanto y depuesto el luto, se presente adornada con todos los atavíos de júbilo más completo»⁷.

24. Esta alocución del Papa fue por desgracia poco conocida en España y, por consiguiente, la voz del supremo Pastor no fue oída ni hizo casi fruto alguno, tal vez porque faltó un gran pregonero que la publicase. Y así, viendo el Santo Padre que lejos de remediarse los males iban cada día en aumento, abrió por segunda vez su augusta boca en el consistorio de 1º de marzo de 1841 para darnos avisos de salud, y he aquí cómo termina su tan memorable alocución: «De aquí es que tenemos una fundada esperanza de que el Señor, que es rico en misericordia, se dignará dar una mirada propicia sobre aquella su viña. Y vosotros, entre tanto, venerables hermanos, continuad, juntamente con Nos, como ya seguramente lo hacéis, en ofrecer a Dios continuas oraciones y súplicas por Jesucristo en favor de ellos, y en invocar la clementísima intercesión de la Inmaculada Virgen Madre de Dios y Patrona de las Españas, y también la de los santos que fueron naturales de aquel reino, para que así como en su tiempo santificaron e ilustraron aquella su patria con su virtud, doctrina, trabajos y con derramar su sangre en testimonio de la fe, así la defiendan ahora y con sus piadosos ruegos alcancen para sus paisanos la misericordia y gracia del Señor con su auxilio oportuno, y aparten con su poder todas las calamidades y peligros que los rodean y oprimen»⁸.

25. Finalmente, no bastando ya nada para detener el torrente de iniquidad que va asolando la Iglesia de España, no bastando ya las lágrimas y gemidos del Pastor supremo

7. Texto tomado de la *Alocución* del Papa Gregorio XVI (1831-1846) en el consistorio secreto del 1 de febrero de 1836 sobre la situación religiosa en España. Las frases entrecomilladas corresponden a la versión española de dicha alocución.

8. De la nueva *Alocución* del papa Gregorio XVI en el consistorio secreto del 1º de marzo de 1841, en respuesta a las medidas anticlesiales del gobierno español.

de la Iglesia, levanta más alto su voz, convoca la Iglesia toda esparcida en todo el mundo a que venga a postrarse a los pies de Jesucristo, y por medio de un solemne jubileo convi-da a todos los fieles a que levanten sus manos al Padre de las misericordias y con sus fervorosos ruegos le obliguen a dar una mirada compasiva sobre la Iglesia de España. Y entre otras cosas muy preciosas dice lo siguiente: «No pudiendo nadie dejar de participar de esta tristeza y siendo igual para todos la causa del dolor en tan grande riesgo de la Religión y de la fe, todos deben igualmente ayudar al remedio»⁹.

26. Habló Roma, hermana mía, podré decirle a V., y así no cabe ya duda de que todos debemos aplicar a nuestra moribunda madre la Iglesia de España el remedio de la oración que sola queda para salvarla de su total ruina. Por esto Jesús nuestro buen Pastor nos da voces desde el cielo y por boca de su Vicario el Papa nos está continuamente diciendo: *Pergite... assiduas pro illis orationes et supplicationes Deo per Iesum Christum offerre*: «Continuad en orar sin interrupción por la fe y religión de España»¹⁰. En las leyes del gobierno de su Iglesia tiene Jesucristo dispuesto que no se le concedan las gracias si no las pide; y por esto, como Esposo amante del bien de su esposa y deseándola salvar, la convi-da con tanto empeño a la oración. Me parece que estoy siempre oyendo la voz de nuestro adorable Redentor que desde el sagrario nos está diciendo a grandes voces: «Llamad a la puerta y se os abrirá» (Lc 11,9). «Todo lo que pidieréis en la oración, creed que lo alcanzaréis y os será acordado» (Mc 11,24): «En verdad, en verdad os digo: todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta el presente no habéis pedido nada en mi nombre. Pedid y lo recibiréis» (Jn 16,23-24). «¿Quién hay de vosotros que, pidiéndole su hijo

9. Texto tomado de las *Letras Apostólicas* dirigidas por Gregorio XVI con fecha del 22 febrero de 1842, al mundo cristiano pidiendo oraciones por España, concediendo indulgencia plenaria en forma de jubileo.

10. De la *Alocución* del papa Gregorio XVI, 1º de marzo de 1841.

pan, le diera una piedra; o pidiéndole un pez le diese una sierpe; o le alargase un escorpión cuando le pidiese un huevo? Y si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre celestial dará el espíritu bueno a los que se lo pidan?» (Lc 11,11-13).

27. También me parece que nuestro pastor y padre el papa Gregorio XVI desde la altura de su trono pontificio está clamando. *Pergite*, «continúa en orar conmigo» por la salvación de la Iglesia. «Orad conmigo», dijo a sus cardenales en marzo de 1841¹¹; orad conmigo, dice ahora a todos los obispos españoles y a los de todo el mundo; orad conmigo, dice a todo el clero; orad conmigo, dice a todo el pueblo católico; ora conmigo, le dice a V. también. Pero no basta oír la voz del pastor y quedarse impasibles, como lo hacen tantos. Es necesario hacer lo que dice. El Pastor supremo de la Iglesia ha levantado su voz; ha hablado a todas las almas de oración. Oiganle, obedézcanle y síganle sus ovejas si quieren ser salvadas de la voracidad del lobo infernal. Oigala también V. y bástele ella para entender que la voluntad de su Esposo Jesús es de que V. se ocupe toda en orar continuamente por la salvación de la Iglesia.

28. Con lo dicho, hermana mía, ya la supongo a V. enteramente resuelta a emprender esta guerra santa, o sea, lucha con Dios y sus ángeles y santos contra las potestades del infierno y del mundo. Pero me figuro que la detendrá el reparo de no saber cómo ha de manejarse en esta guerra por ignorar las reglas de la táctica espiritual. ¿Cómo lucharé yo con un Dios fuerte, poderoso e invencible, me dirá V.?, ¿quién me enseñará a mí esta táctica espiritual?

El principal director y maestro en esta tremenda lucha no es otro, como ya se dijo arriba, que el Espíritu Santo. El es el que conduce las almas a esta arena; el que les enseña las reglas de la táctica espiritual que deben observar para que logren el triunfo; y el que, hecho un mismo espíritu con el

11. Frases de la citada alocución de 1º marzo de 1841.

alma, le da fuerzas para batirse y vencer al omnipotente Dios Padre y al omnipotente Dios Hijo. Pero es necesario que oigamos sus lecciones por lo órganos que quiere manifestárnoslas y nos tiene señalados. Estos son, como ya V. sabe, las sagradas Escrituras y la tradición expuestas por los santos Padres y por el Juez y magisterio vivo de la Iglesia. En estos libros hemos de estudiar el modo de negociar con Jesucristo y su Padre un asunto de tanto interés y que lleva consigo tantas dificultades y penas, si no queremos que salga vano nuestro trabajo.

29. Se trata nada menos que de sacar de las garras del demonio a toda una nación. Y, si este enemigo presenta tantas dificultades y tentaciones a un alma que trata de salvarse a sí misma o a otra, ¿qué máquinas de guerra no preparará contra aquella alma generosa que se propone conquistar para Jesucristo o conservarle una nación entera? ¡Qué tentaciones, Dios mío! ¡Qué temores, qué dudas, qué dificultades para hacerle desmayar y desistir! No hay guerra, no hay lucha, no hay combate en el mundo que se parezca a éste. ¡Cuántos conciliábulos no tendrán todos los días los demonios en el infierno para hallar cómo hacerle perder la fe y confianza de cantar victoria! ¡Cuántas legiones de estas potestades infernales no se le echarán encima de continuo como rabiosos leones para obligarle a que abandone el campo!

30. Este empeño furioso del infierno, a más del motivo sobredicho, se funda en otro no menos grave. Porque el infierno sabe por experiencia que estas almas con su oración trastornan el estado de las naciones. Sabe que burlan sus planes tenebrosos, lo derrotan y destruyen su reino. Sabe que los negocios del mundo se disponen, no según las miras de los políticos, sino, según estas almas lo arreglan con Dios en la oración. Y por fin sabe que el permiso que le concede el Altísimo para causar en el mundo mayores o menores males es siempre limitado según fuere la oración. ¡Ay, carísima mía! ¡Qué ceguera es la de los hombres! ¡Qué errados van sobre este asunto! Se engañan miserable-

mente. No son las ciudades fortificadas, ni los ejércitos numerosos y bien disciplinados, ni las escuadras formidables, ni todos los pertrechos de guerra que tienen los reyes los que ponen en vigilancia al infierno y le hacen temblar. Es a veces una sola alma oscura y desconocida al mundo, pero que tiene las virtudes ordenadas en forma de un ejército formidable, la que le aterroriza, lo confunde y lo destruye. Contra ella dirigen sus tiros. Contra esta torre espiritual dirigen todas sus máquinas de guerra porque lo demás poco les importa y se deshace como el humo. La sola viuda Judit destruyó a Holofernes y su ejército que había conquistado innumerables naciones [Jdt 13,1-9]. Moisés solo, orando en el monte, hacía que adelantasen o retrocediesen las tropas que mandaba Josué según eran sostenidos o flaqueaban sus brazos en la oración [Ex 17,11].

31. Y, como es tan terrible esta lucha, no se necesita sólo valor para no huir como cobarde, sino también mucha instrucción para saber manejarse en todos los lances que ocurran. Muchos somos, sin duda, los que oramos por la salvación de nuestra patria, pero son seguramente pocos los que se preparan para hacerlo debidamente. Unos no lo hacen por falta de voluntad y otros porque les falta la instrucción necesaria. Y aunque es verdad que el Espíritu Santo suple la falta de instrucción cuando nosotros hacemos lo que está de nuestra parte, mas Dios no está obligado a revelarnos lo que podemos saber por los conductos ordinarios, que son las Escrituras y doctrina de la Iglesia para los sacerdotes, y la boca del sacerdote para los fieles. Por estos conductos podemos todos saber el modo de negociar debidamente con Dios la paz del pueblo, y así en esto no está obligado a suplir.

32. Como director que me hizo V. de su alma y con el objeto de servir al director principal de V. y de todas las almas, el Espíritu Santo, para que en V. pueda negociar con el Padre y el Hijo los intereses de la religión católica en España, le envió a V. en el libro que incluyó una colección

metódica de todas las ideas que al presente están a mi alcance relativas a orar debidamente por la Religión del reino, al que he puesto el título de *Lucha del alma con Dios*.

En este libro he procurado presentar a V. todo lo que puede humanamente practicar V. para cooperar plenamente con el Espíritu Santo en esta lucha, si V. pone cuidado en orar según el espíritu que en esta obrita se enseña, me parece que hará V. lo que puede y debe hacer, y el director de todas las almas, Dios, suplirá lo que faltare.

33. He adoptado la forma de diálogo y de conferencias entre V. y yo, ya porque este método me ha parecido que dejaba más libertad al espíritu para manifestarse, ya porque se acomoda más a la llaneza con que quiero expresarme para ser bien comprendido de V. y de todas las almas de oración, a quienes principalmente lo dirijo y que son por lo común gente sencilla; ya también porque así será menos seco y llamará más la atención de V.

34. Hasta la conferencia cuarta he observado rigurosamente el diálogo entre V. y yo, preguntándome V. y respondiéndome yo, y dándole todas las luces que he juzgado necesarias. Pero como mi objeto no es sólo ilustrar su entendimiento y enseñarle lo que ha de hacer, sino hacerle entrar a V. de lleno en esta lucha que se pasa toda en el interior del espíritu y, en cuanto me es dable, entrarle dentro de su alma y allí guiarla a V. y conducir sus pasos en el modo con que ha de portarse en la oración cuando V. –resuelta ya por las tres conferencias primeras a batallar estas batallas del Señor– entra valerosamente en esta difícil y gloriosa lucha, cuando ya no es su lengua de V. la que habla sino su alma la que obra, para hacer sentir este cambio indispensable, introduzco hablando el espíritu de V. con el nombre de *Alma* y, para decirle lo que la fe o los santos nos enseñan sobre las materias de que se trata, o el modo con que se porta Dios, etc., hago que la contesten Jesús, María, el Juez divino, etc. Aun el mismo Satanás toma parte en el diálogo, porque es el enemigo que –con sus sugerencias, con los temores, des-

mayos, etc. que procura infundir— hace cuanto puede para que desmayen estas almas, y así es indispensable que le conozcan bien, y porque él es, según nos lo pintan las Escrituras santas (Jb 1,9-11; 2,4-5; Ap 12,10), el acusador y calumniador perpetuo de los siervos de Dios en el divino tribunal.

35. No se figure, pues, V. por lo que digo que haya de tener revelaciones ni visiones sensibles de Jesucristo o de María santísima, etc., ni oír palabras del Juez divino ni de otro. Podrá muy bien hablar Dios a su corazón, iluminarla y aun visitarla de un modo especial, si es de su divino agrado y conviene a V., pero las visitas de que se habla en este libro son las que hace Jesucristo a las almas que comulgan, y las palabras que les habla o promesas que les hace son las que se hallan en las Escrituras santas, cuyas palabras he retenido literalmente en cuanto he podido, o en la doctrina de la Iglesia. Le hago estas advertencias para prevenir toda equivocación en materia de tanto interés.

36. Antes de concluir esta carta, que va haciéndose ya más larga de lo que yo quisiera, debo manifestar a V. la causa que me ha obligado a enviárselo todo impreso y, por consiguiente, a encubrir el verdadero nombre de V. en el de Teófila o amante de Dios. No dudo que me creará V. si le digo que conocía yo muy bien la necesidad que V. tiene de este libro. Pues, aunque puesto a mucha distancia de V., no dejaba de leer en su corazón las angustias de muerte que le ocasionan los males de la Iglesia. Veía los grandes deseos que tiene V. de su salvación, las determinaciones que toma de hacer por el bien de la Iglesia todo cuanto pueda hacer una hija por su querida y buena madre, las dudas que afligen su espíritu sobre si es más agradable a Dios el descuidarse de V. misma y el ocuparse toda en orar por las necesidades de la Iglesia, o tal vez olvidarse de todo lo criado y ocuparse únicamente en la santificación de su propia alma, y las ansiedades y temores de V. sobre el modo de gobernarse en la oración, etc., etc. Me parecía en mi oración que estaba viendo

el espíritu de V. y la necesidad que tenía de instrucción sobre estas materias tanto especulativa como práctica, y esto me determinó a escribir el adjunto libro. Pero como se me figura que no es V. sola la que se halla en esta necesidad y que podrá sacar de él mucho fruto —como por experiencia sé cuán apagado se halla el espíritu de oración por las necesidades comunes de la Iglesia en las almas de oración por falta de la instrucción necesaria, de modo que con frecuencia por faltarles materiales o por ignorar del todo el modo de hacerla se hallan muchas en el campo de batalla como soldado sin armas o sin municiones— vínome el pensamiento de si sería voluntad de Dios el que se imprimiera para que así pudiesen aprovecharse todas.

37. Este pensamiento fue ocasión de un terrible combate para mi espíritu, que ha durado hasta que lo entregué para darlo a luz. Por una parte, el mar de lágrimas en que veo anegada en España a mi desconsolada madre la Iglesia, las profundas llagas que abre en su seno la impiedad, los peligros en que la veo, el medio único que le queda para ser salva, que es la oración y el sacrificio, el extraño olvido en que no pocos de sus hijos están de aplicarle esta medicina única, la falta de instrucción sobre la necesidad, utilidad, obligación y el modo de hacerse la oración por la salvación de la Iglesia, y una infinidad de otras reflexiones luchaban en mi corazón y le precisaban a que diera a luz el libro. Por otra mi inhabilidad y falta de estilo mayormente en una obra de tanto interés, la vista del abismo de mis miserias y el saber que los libros de oración causan más o menos fruto según tiene más o menos del espíritu de Dios el que los escribe, y el haber observado varias veces que para desacreditar la oración ha bastado que yo pronunciase o escribiese su nombre, con otras muchas consideraciones me arredraban y detenían. Esta lucha interior llegó a tal punto que tuve que poner el pleito en manos terceras; presenté el libro a personas que podían darme consejo y fueron de parecer que debía imprimirse.

38. Uno de los fuertes motivos que me impedían no sólo el darlo a luz sino aun el arreglarlo y escribirlo era mi inutili-

dad y llaneza. Pero cuando leí en el piadoso Ludovico Blosio (*Al eminentísimo cardenal de Quiñones*): «La simplicidad y llaneza es muy amiga de la piedad y religión, y no sé cuál es la razón de que las palabras muy adornadas y curiosas por la mayor parte no penetran tanto el corazón cuanto le regalan»¹², me resolví a componerlo a mi modo sencillo y natural porque no estaría contento si con él sólo regalara el corazón del lector. Mi deseo es que su lectura determine a cuantos lo lean a orar debidamente noche y día por la salvación de la Iglesia. Daré por bien empleado mi trabajo si una sola alma se aprovecha aunque no sea más que V. Por esto y porque estoy cierto que el espíritu del Señor —que veo mueve a V. a practicar lo que en este libro se contiene— le enseñará con claridad lo que mi mal cortada pluma no sabrá más que bosquejarle, he vaciado en este escrito mis pensamientos y deseos sin atender ni al estilo, ni a la elegancia de las frases, ni a la bella y sonora composición de las cláusulas. En esto, he de confesarlo ingenuamente, he mirado tan poco que, atento únicamente al espíritu, siempre que me han ocurrido muchos términos y maneras para explicar una misma cosa he preferido la más vulgar y común, con el fin de darme a entender con más facilidad¹³.

39. Mi carísima Teófila, con este libro sólo pretendo enseñarle a V. cómo se ha de disponer para decir de tal manera con los discípulos de Jesús en el mar de Genesaret «Señor, salvadnos, que perecemos» [Mt 8,25], que logre V. despertarle, y en esta deshecha tempestad salve la navecilla de la Iglesia. Para pronunciar estas cuatro palabras pocos

12. Las frases entrecorridas son efectivamente del célebre autor espiritual Louis de Blois (1506-1566) españolizado como *Ludovico Blosio. Sus Obras espirituales* (Lovaina 1568; Amberes 1632) llevan una dedicatoria a Francisco de Quiñones, cardenal del título de Santa Cruz.

13. En la 1ª ed., p. 58, este párrafo está redactado así: «He preferido siempre la más vulgar y común, con el fin de darme a entender con más facilidad. Y aunque encargué a un amigo la corrección de este libro con facultad para añadir lo que le pareciese, fue sin embargo con la condición de conservarle su natural llaneza». Parece aludir a José Caixal.

instantes se necesitan; pero para decir las debidamente, hablando según ley ordinaria o atendido el curso ordinario de la gracia, es necesario que precedan largas horas de oración. Porque claro está que no basta recitarlas materialmente, como las dejo escritas, sino que es menester conocer antes con claridad los peligros en que se halla la nave de Pedro, dónde está el que ha de salvarla, el por qué no la salva y por qué Jesús duerme tan fuerte; la necesidad de despertarle para que cese la tempestad, el modo de hacerlo; la fe y confianza que debemos tener de que nos oirá, de que despertará y mandará a los vientos y al mar [Mt 8,24-26; Mc 4,37-39; Lc 8,23-24], y así veremos la Iglesia en paz, etc., etc.¹⁴. Estas y semejantes meditaciones deben preceder, y para esto va este mi libro.

Lea, pues, V. con atención el índice de lo que contiene, y con esto solo verá que todo él no mira más que a decir debidamente: «Señor, salvadnos, que perecemos» [Mt 8,25], o bien con el profeta Joel. Perdonad, Señor, perdonad a vues-

14. "Por haber los Apóstoles despertado a Jesús fueron reprendidos como hombres de poca fe ¿Por qué, pues nosotros me dirá alguno, no debemos dejarle que duerma y esperar con firme confianza a que por sí mismo despierte y nos salve? Pero diría mal, por cierto, porque los Apóstoles no fueron reprendidos y tratados como gente de poca fe por haber despertado a Jesús ni haber pedido su auxilio —pues esto alguna fe probaba— sino por el miedo que tuvieron de perderse estando con Jesús. La barca de Pedro es figura de la Iglesia universal, que, por más tempestades que le levanten las potestades de la tierra y del infierno, no se hundirá jamás, sin embargo decimos a Jesús todos los días: *Exurge, Christe, adjuva Nos*: Levantaos, Jesucristo y ayudadnos. Pero las Iglesias particulares pueden naufragar, y así no es falta de confianza el clamar a Jesús que despierte y salve nuestra Iglesia de España, sino un deber que nos impone el instinto de la propia conservación y el precepto de orar para ser salvos"

Esta nota con el nº 1 en la 2ª ed., se coloca en la 1ª ed. con un asterisco al pie de página. El texto latino que se escribe «decimos todos los días» no es de la Biblia. Corresponde a una antifona del *Ritual y Misal Romano* con la que se iniciaba antes de la última reforma litúrgica la Procesión de las *Letanias mayores* (fiesta de S. Marcos), y que se rezaba en las *Letanias menores* (triduo de Rogativas antes de la Ascensión). También se recitaba en la bendición de las «candelas» en la festividad de la Purificación de María, 2 de febrero.

tro pueblo [Jl 2,17]. Y a añadir con el real Profeta (Sal 78,6): «Derramad, Señor, el cáliz de vuestra ira sobre las gentes que no os conocen y sobre los reinos que no han invocado vuestro nombre» [Sal 78,6; cf Jer 10,25].

40. Esto es lo que me ha parecido debía decir a V. en contestación a su apreciable última, en la que me pregunta V. qué espíritu de oración ha de seguir V. para no ahogarse en medio de la deshecha y horrorosa tormenta que en España agita la navecilla de san Pedro.

Me encomiendo a las oraciones de V. y le deseo que el Señor, que es el autor de toda gracia, le dé unos ojos de su corazón bien iluminados para conocer cuál es su voluntad buena, de beneplácito y perfecta [Rom 12,2], y la fuerza que necesita para cumplirla. Reciba V. la bendición que, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, sobre V. invoca este su padre espiritual y el más indigno de los sacerdotes, etc.

Fr. Francisco de Jesús María José.

Carmelita Descalzo